

merecia, ¿no era el más terrible que un tribunal pudiera imponer? ¿Se encontraban los señores jurados en frente de una de esas conciencias endurecidas que no son sensibles sino por la parte grosera y material de la expiación, ante una de esas cabezas que es menester hacer caer, porque no tienen siquiera la concepción rudimental del bien y del mal, porque incapaces de comprender la magnitud y trascendencia de su crimen, son incapaces de remordimiento?...

El jurado pronunció un veredicto afirmativo, mitigado por circunstancias atenuantes, y Elena Roumieux, viuda del conde Quisran Rancogne, fué condenada á trabajos forzados perpetuamente.

Oyó pronunciar esta sentencia con profundo estupor. Sin lloros, sin gritos, fría como una estatua de mármol, parecía que se decía en aquel momento supremo: «Ya no me importa nada; nada me importa ya».

Su defensor la rogó vivamente que apelara en casación; pero rehusó, declarando que había tenido la desgracia de arrojar un baldon demasiado grande sobre el nombre que había tenido el honor de llevar, para suscitar de nuevo escándalo mayor. El abogado tuvo la imprudencia de repetir estas palabras, que fueron universalmente consideradas como una confesión. Por lo demás, por un favor particular, la pena de Elena fué conmutada en un encierro perpétuo, y por un favor más particular todavía, se le permitió la compañía de su fiel Rosa. Esta benignidad era debida en su mayor parte á la intervención de M. Maury-Duquesnel, que era el único que no estaba sin algunas dudas acerca de la justicia de un fallo tan fácilmente obtenido.

La verdad tiene acentos que no engañan jamás á un alma recta, y aunque todo demostrara la culpabilidad de la señora condesa de Rancogne, su actitud sencillamente resignada no había dejado de conmover al magistrado.

La acción criminal fué naturalmente seguida de una acción civil. Se trataba de pronunciar sobre la suerte de Blanca de Rancogne, la pobre niña condenada á no conocer jamás á su madre, so pena de despreciarla.

Hércules Champion se condujo perfectamente en esta circunstancia. No dejó ver que hubiese conservado el menor rencor por la acusación odiosa inferida contra él por la madre, y se mostró el defensor más ardiente de los intereses de la hija.

Sin embargo, por un sentimiento de delicadeza quizás exagerado, pero de que se hizo mucho caso, se recusó completamente como tutor de Blanca, é hizo designar por el tribunal, para este cargo, á un hombre cuya probidad era notoria, al señor Matifay, quien además tenía algunos intereses empeñados en la explotación de Noirmont. Champion no tuvo trabajo tampoco en demostrar que él solo podía restablecer los negocios de la ferrería singularmente comprometidos por las negligencias de Jorge de Rancogne, su último propietario, y á pesar de su repugnancia visible á encargarse de ello, se dejó imponer la gerencia por el primer presidente, que defendía paternalmente los intereses de la menor.

Así terminó este asunto que tan vivamente había preocupado la opinión pública.

La actitud de Elena no varió en su prisión: tal cual se le había visto el día de su condena, tal se la veía todavía, sin lágrimas, como sin sonrisa. No salía de su celda, sino para pasearse en el patio, siempre apoyada en el brazo de su fiel Rosa; y poseídos de un miedo extraño, los demás presos se apartaban de ella.

Muchas simpatías se habían enfervorizado en su favor después de su condena. Algunas señoras compasivas de las que visitan las prisiones, vieron una conversión que hacer en su persona; Elena las recibió cortesmente, pero friamente, y con una altivez que las impuso tan fuertemente, que las buenas señoras, después de tartamudear algunas palabras, se despidieron y se fueron para no volver más.

Presto las nobles curiosas que se desviaban de su camino para hacer una visita á la celebridad judiciaria del momento, se cansaron de encontrar siempre su puerta cerrada, y la pobre mujer se vió en fin desembarazada de esas simpatías indiscretas y de esa compasión humillante. No tuvo entonces más que la sociedad de Rosa por toda distracción, y también frecuentes visitas del capellán de las prisiones.

Este honrado y prudente eclesiástico no hablaba de ella sino con el mayor respeto, y cuando alguna devota le preguntaba:

—Vamos, señor capellán, decidnos la verdad: ¿Vuestra penitente de la prisión, es culpable?

Él respondía meneando la cabeza:

—¿Quién sabe? culpable ó no en otro tiempo, hoy la señora de Rancogne es una santa.

Esta declaración del capellán se interpretaba aun como una confesión tácita del crimen; pues ¿á qué podía servir tanta virtud, sino para expiarlo?

No expiaba, sin embargo, la pobre condesa inocente; ¡había vertido demasiadas lágrimas por sus queridos muertos, por Jorge, de cuya muerte se le había acusado injustamente!... ¡Por Octavio, sepultado en los abismos helados de las hornagueras; por su pobre hija, su pobre hija bien muerta también para ella, puesto que no la volvería á ver nunca! Sí, había derramado demasiadas lágrimas para poder todavía gozar de consuelo y de sosiego. Sus ojos estaban secos hoy, pero su imaginación estaba continuamente contemplando su miserable situación. No pasaba un segundo sin que en ella no pensara. Por la noche soñaba sobre eso, y su rostro petrificado había conservado una apariencia extraña de estupor, como si, sin cesar, hubiera asistido á un espectáculo horrible, visible para ella.

Por lo demás, esto no era locura. En los raros instantes en que, ó bien la ternura de Rosa, ó la visita del capellán, la arrancaba de su mística contemplación, la Elena de otro tiempo reaparecía de repente tan dulce, tan ingeniosa, tan encantadora, tan amable; pero esta transformación no duraba sino algunos instantes. Durante estos instantes se había evadido de su prisión, había ido á pasearse, en espíritu, á los campos llenos de sol, á las vastas praderas cubiertas de flores, y á escuchar los trinos y gorjeos del canto de los pájaros. Su corazón, su libre corazón se había al mismo tiempo escapado de esta otra cárcel, la desesperación que la envol-

via para siempre. — Pero luego las puertas se volvían á cerrar sobre la prisionera con un ruido de fétetro que se clavaba, y pagando caramente este minuto de olvido, volvía á recaer más profundamente en el abismo de sus pesares y de su tristeza.

## XIII

CLEMENTE.

Clemente habitaba, en los lindes del bosque de Brancone, una antigua casa de guarda, que no era ya más que una ruina.

Esta masada, cuyos paredones, groseramente fabricados con un barro de color rojizo se distinguen difícilmente, á primera vista, de una roca natural, estaba y está todavía (porque creo que aun subsisten uno ó dos lienzos de pared) como agazapada en un estrecho valle cascajoso.

Nada más triste que este paraje; la toba, cubierta apenas con una ligera capa de humus, deja allí por do quiera salir guijarros oscuros semejantes á osamentas mal enterradas. El musgo crece pardo, el verdor mismo parece terroso y negro; en fin, no sé que jamás se haya oído allí otro canto que los graznidos del grajo ó el chillido de la zumaya.

En este valle desolado habitaba solo el jovial Clemente, huérfano de padre y madre; favor que le había sido concedido por el guarda mayor en recompensa de sus buenos servicios y de su amor al trabajo.

Los groseros muebles que guarnecían el único cuarto que Clemente ocupaba en la masada, eran debidos enteramente á su propia industria. Algunos trozos de troncos servían de sillas, cuatro tablas mal acepilladas clavadas sobre piés fijos, formaban la cama; un cofre, en fin, toscamente construido con la ayuda de una podadera, y una mesa aun más groseramente labrada y bamboleándose en sus apoyos desiguales, completaban el mobiliario de este cuarto.

Es que en realidad la morada de Clemente no era este tabuco oscuro, sino el bosque.

Allí pasaba todos sus días, desde el primer resplandor del alba hasta que la última claridad del crepúsculo se hubiese extinguido. Habitado desde su más tierna infancia á la soledad más absoluta, se había hecho amigo de las rocas y de las encinas; hablaba con el mirlo y la oropéndola, la ardilla era su comadre y Juan gazapo su camarada.

Conocía los bosques como ninguno, y el paraje donde la violeta embalsama, y aquellos donde la fresa enrojece, y las pendientes donde se encuentran el hongo carmesi y la cepa sabrosa.

Sabía también lo que dice el viento en los árboles; nada más que al susurro de las hojas, hubiera podido afirmar, aun en medio de la noche más oscura, la calidad del árbol, y decía:

— Es un fresno... ó un castaño... ó una haya.

Contaba historias maravillosas sobre los escarabajos voladores, sobre las hormigas, sobre todos los animalejos que viven y se agitan en los musgos.

Sin embargo, ningún maestro le había enseñado, sino la naturaleza misma.

La silvia y el ruiseñor habían sido sus profesores de música, y esto, no obstante, las muchachuelas exclamaban con sencilla admiración:

— Para el trino y el gorjeo, no hay ninguno como este Clemente.

Clemente componía sus canciones él mismo. Era á la vez el cantor, el poeta, el músico, y también, lo más frecuentemente, el único oyente.

No le gustaba ser distraído por nadie, pues apenas se acercaba un desconocido, un indiferente, que la inspiración huía de sus labios como un pájaro que se escapa volando.

Pero cuando estaba solo en su obra, era una verdadera alborada. Entonces cantaba, cantaba sin interrumpirse, como la langosta en la yerba ó el pardillo en la rama. Cualquier asunto, cualquier tema le eran buenos... Hablaba á su hacha, al árbol que cortaba, al pájaro que volaba, á la flor que olía bien, á la espina que rasguñaba su mano. Decía todo lo que le pasaba por la cabeza, y sin esfuerzos las palabras se rimaban, las asonancias se balanceaban con armonía, y el aire jocoso, triste, melancólico, burlesco, se amoldaba por sí mismo en el versículo de la canción.

¡Era maravilloso! Las pastoras lo sabían bien. Cuando oían en los lindes del bosque el retumbo conocido de su hacha, acudían rápidamente, y acurrucadas detrás de los matorrales, escuchaban estáticas. A veces el bello leñador se apercebía de ello; pero cuando estaba bien en vena, eso no le molestaba; al contrario, entonces cantaba mejor, á plena voz, modulando los sonidos de un modo maravilloso. La melodía, vaga primero, se fijaba. Las palabras indecisas condensaban su sentido fluctuante, y según el sol era claro ó el cielo sombrío, la canción se hacía alegre ó triste.

Pero hacía largo tiempo que las pastoras no oían ya el trino ni los gorjeos de Clemente, y muy atónitas, se preguntaban:

— ¿Acaso el invierno va á volver antes que de costumbre, pues este Clemente no canta ya, mientras que el ruiseñor canta todavía?

Es que Clemente no salía ya de su chozil; con la ternura de madre ó de una hermana de caridad, estaba cuidando á José, su nuevo amigo, abrumado hacia tres largos meses bajo el peso de una grave enfermedad, y quebrantado por una ardiente calentura.

En esta hora José estaba ya salvado. Acostado en la cama blanca, miraba con un reconocimiento melancólico á su enfermero acurrucado en el rincón del fogón, trezando con mano ejercitada cestas y canastillos. No pudiendo ya ser leñador, el honrado joven, por no abandonar á su enfermo, había tomado este nuevo oficio.

Clemente interrumpió de repente su trabajo, se acercó con inquietud á la cama donde José acababa de volverse al



otro lado penosamente, y despues de haberle dado de beber con una precaucion llena de solicitud, volvió á su tarea y trabajando cantaba :

Símbolo de mis amores  
Son, de retama las flores.

Trenza la mimbre flexible,  
Que el que quiere trabajar,  
En nada encuentra imposible.  
Voy una cesta á trenzar  
Y á Laura se la daré.  
¡Qué de envidiosas haré!  
Símbolo de mis amores  
Son, de retama las flores.

De las zagalas del valle,  
Es la que mas me enamora,  
Laura la rubia pastora,  
Por su hermosura y su talle.  
Trenzaré una canastilla  
Que le llenaré de flores  
De la retama amarilla,  
Símbolo de mis amores.

— ¡Ay! qué cesta tan bonita,  
Dijo á Laura Margarita.  
— Clemente me la trenzó.  
— ¿Cuánto, Laura, te costó?  
— Con un beso la pagué...  
— ¡Barata, á fé mia, fué!...  
Amarillas son las flores  
Como del Brasil el oro...

Al oír esta palabra: oro, el enfermo se estremeció y se enderezó arrojando los cobertores bruscamente. En el delirio de la calentura, en el abatimiento y entorpecimiento que durante largas semanas le dominaron alternativamente, José había olvidado; pero se recordaba ahora; ¡ahora lo recordaba todo!...

Clemente había acudido de nuevo cerca de la cama.

— ¡Vamos, amigo, vamos! estemos tranquilos... Esto va mejor; una pizca de paciencia, y dentro de algunos dias, podrás *saciar* toda tu embriaguez, si el corazon te lo dice; pero entretanto, quietito, es menester que te dejes cubrir los brazos, y que continúes tranquilo como un guapo chico...

— ¿Qué habeis dicho?... ¿qué habeis dicho?... ¿No habeis hablado de oro?

— ¡Bueno! exclamó Clemente con una sonrisa alegre, ya vuelve con sus historias; no, querido, no, yo no he hablado de eso; tú eres el que no cesa de hablar de eso todo el santo dia hace algunos meses. ¡El buen Dios te bendiga! ¡seríamos mas ricos que el rey si tuviésemos solamente tantos diezes y cientos como tú cuentas miles y millones!... pero *motus*, chiton, sobre eso, ó la calentura va á volver, y entonces, ¡buenas noches! vas á calcular, á calcular hasta que la cabeza te se rompa.

— No, mi buen Clemente, no, respondió con dulzura José, la calentura me dejará ya en paz; toca mi mano y mira qué fresca está: estoy curado, Clemente, no tengo delirio, estoy

tan sereno como tú mismo, y te juro, á fé mia, que si quieres ayudarme, desde que pueda sostenerme en pié y andar, te haré mas rico que el mas rico de toda la comarca.

Esta vez José hablaba pausadamente, para que Clemente no viera que se trataba de una cosa seria.

— Continúa, querido, dijo, te escucho.

— ¿Has oído hablar, preguntó José, del tesoro de los subterráneos?

— ¡Pardiez! exclamó Clemente, y de otros tambien bastante locos para creer en ello... en prueba el viejo Petase, que ha estado á punto de morir de hambre por buscarlo.

— Pues bien, ¡si él lo ha buscado, yo lo he encontrado!

Clemente abrió desmesuradamente los ojos como espantado, y escuchaba atentamente con la boca abierta. José continuaba :

— Te digo que es un tesoro, un verdadero tesoro. Hay mas luises de oro brillantes de los que pudiera contener este cuarto, y grandes cofres llenos hasta el borde, como una medida de trigo, con joyerías primorosas y carbunclos, custodias, viriles y copones, y de todo... pero para ir á conquistar el tesoro, Clemente, es menester ser valiente y volver á bajar por el agujero por donde yo he salido...

— El diablo me queme, murmuró Clemente, es obra de brujo lo que tú dices, y no de cristiano.

— Te engañas, replicó vivamente José incorporándose, — y esta vez Clemente no pensó en retenerle cuando se levantó sobre la almohada, — es una obra grande, generosa y buena... Te hablo con el corazon abierto, porque tú me has salvado, y tengo en tí tanta confianza como en mi propio hermano, si tuviera uno. Iremos, Clemente, pero no para nosotros...

Y contó la historia de Elena tal como él la conocía, y la muerte de Jorge, y el testamento de Biassou. Y Clemente bebía sus palabras, y á medida que José adelantaba en su relacion y describía las tinieblas de las grutas, los terrores pasados, los obstáculos venidos :

— ¿Tú has hecho eso, chiquito? decia maravillado, ¡tú has hecho eso!

— Sí, dijo José, lo he hecho; pero ahora todo será inútil, si tú no me ayudas.

— Pero yo te ayudaré, querido, te ayudaré, exclamó Clemente. Salvaremos á tu buena señora. Has bajado al agujero y has salido solo de él; si juntos no salimos, es que el Dios bondadoso no querrá prestarnos ayuda.

Los dos jóvenes se estrecharon ardientemente las manos, y tranquilizado por la promesa de su amigo, José pudo darle, con mas pormenores, todas las nociones necesarias sobre la topografía de las grutas y las precauciones que debían tomarse. Concertaron su plan, como decia Clemente; pero resultaba que eran necesarios cables, y esto y lo otro, y entonces el valiente leñador, mirando tristemente sus cestas y canastillos comenzados :

— El cáñamo cuesta muy caro, dijo; por mas que trenemos durante algunos meses el castaño y los mimbres, no podremos jamás proporcionarnos nunca todo lo que hace falta. ¡Diantre! apenas si puedo yo tener lo mas necesario :

las drogas no las dan de balde, y ni el panadero ni el boticario dan tampoco nada al fiado.

José tendió la mano hácia sus vestidos enrollados al pié de la cama; encontró allí su cinto, al cual el honrado Clemente no había tocado, y ni siquiera lo había mirado; y haciendo salir los luises de oro del Biassou, que se despararraron sobre los cobertores con un brillo deslumbrador :

— ¿Hay bastante? dijo.

Desde este dia, no se habló apenas de otra cosa en la masada sino de la famosa expedicion al fondo de la Huesa movediza. José recobraba rápidamente su salud. La esperanza de conducir á buen término su empresa, merced al valeroso socorro que le había enviado la Providencia, duplicaba sus fuerzas milagrosamente. Tan pronto como pudo mantenerse en pié, los dos amigos fueron á visitar el agujero para arreglar definitivamente los últimos pormenores de su proyecto. La encina cortada por Clemente, el árbol salvador á quien José había debido su salvacion, estaba aun allí, tendido, inmóvil, intacto en su ramaje, cerrando la boca del abismo, en los labios del cual reposaban sus dos extremidades. De esta manera formaba un excelente punto de atadura para una cuerda. El descenso seria pues relativamente fácil, pero una vez allá abajo, ¿cómo podria salirse, sobre todo con la carga enorme del tesoro?

— ¡Bah! dijo indiferentemente Clemente, ¡veremos cuando estemos allí!... No ha dado Dios inteligencia á los hombres solo para varear nueces.

Ahora que José mejoraba decididamente, si bien estaba todavia demasiado débil para ser capaz de un trabajo ó de un esfuerzo, por mínimo que fuese, el bizarro leñador podia ausentarse sin riesgo; y se le vió recorriendo las ferias y los mercados, comprando cuerdas, azadones y barras de hierro.

— ¿Acaso quieres hacerte constructor de pozos artesianos, Clemente? le preguntaban.

— ¡Eh! ¡eh! puede ser que sí, respondia. — El oficio de leñador no me gusta ya; — además, no hay oficio tonto para quien tiene buena idea y buena voluntad.

Así pasaba sus dias, ora en Montbron, en la Roche, en Chasseneuil; ¡iba mas lejos aun! hasta en Confolens ó en Chabannais, pues hubiera podido infundir sospechas viéndole hacer tantas compras diferentes en un solo punto. Por la noche tampoco estaba ocioso. En cuanto José estaba dormido, partía y no volvía hasta el alba para descansar algunas horas con un sueño matutino. Cuando hubo reunido todas las piezas diversas de su material, ya no salía durante el dia, y lo pasaba acepillando, aserrando, clavando, limando, como si hubiese trabajado á destajo, y por la noche volvía á marcharse para no volver sino al siguiente dia.

Cuando José le hacia alguna pregunta, se contentaba con sonreírse misteriosamente :

— ¡Deja! querido, decia. ¡Deja! *Quien va despacio va lejos*. La labor hecha no está por hacer. Piensa solamente en curarte, yo te explicaré mi idea cuando sea tiempo.

Con eso, un buen humor inalterable. Y mientras clavaba sus tablas y maderos, limaba su sierra, afilaba sus escoplos,

ó manejando su garlopa, cantaba sus canciones alusivas á lo que estaba haciendo, unas alegres y tristes otras.

— ¡Pardiez, Clemente! tu cancion no es alegre hoy, exclamó José un dia; guarda tus malos presagios para otra vez.

— Espérate hasta que oigas el fin, le contestó Clemente prosiguiendo su canto.

— Y ahora, gritó Clemente despues de pasado algun rato y arrojando el martillo con el cual acababa de fijar el último clavo, ya está todo hecho, todo está acabado á esta hora. Tambien te veo muy firme sobre tus piernas, y si te sientes con ánimos, podemos desde hoy intentar la aventura.

Hablando así, cargaba sobre sus hombros el cofre que acababa de terminar; un cofre sólido y ligero á la vez, provisto en su parte alta de dos asas, como un cesto de vendimia. José, por su parte, no se hizo rogar mucho tiempo, y media hora despues, los dos compañeros se inclinaban sobre el borde de la Huesa movediza.

Nada estaba cambiado en apariencia. La encina seguía cubriendo con sus follajes marchitos y negruzcos, la mayor parte de la sima.

Clemente se puso á horeajadas sobre el tronco, y teniéndose en equilibrio con las manos, se adelantó hasta el nacimiento de las primeras ramas, es decir, casi al medio de la abertura negra. Entonces, de repente, José le vió columpiarse en derredor del árbol, agujerear bajo su peso los ramajes y desaparecer. Su primera impresion fué la de creerle perdido; pero reflexionó casi al momento que, en caso de accidente, Clemente habría gritado, y tomando el mismo camino, llegó instantáneamente al paraje donde el leñador había desaparecido.

Esta desaparicion quedó bien pronto explicada.

Una cuerda con nudos estaba sólidamente atada á las primeras ramas gruesas de la encina, cuyos ramajes la ocultaban por la parte exterior y suministraba un acceso bastante fácil hasta la plataforma inferior de la roca.

Clemente estaba ya allí de pié y hacia señal á José para que bajase á reunirse con él.

En dos minutos lo hizo.

Entonces Clemente mostró á su compañero unas barritas de hierro que salían de distancia en distancia sobre la roca lisa, y se hallaban colocadas con regularidad al alcance del pié y de la mano; y gracias á esta escala, bastante penosa, es verdad, pero que no ofrecía nada de demasiado peligroso, se llegaba á una segunda plataforma, oculta completamente de la primera por rocas entrecruzadas.

Allí comenzaba el trabajo verdadero de Clemente, trabajo gigantesco, cuando se piensa que lo había ejecutado de noche, sin consejo, sin ayuda, solo.

La plataforma había sido ensanchada, la roca ahondada á manera de caverna, y todas las provisiones necesarias acumuladas en esta especie de almacén. Nada faltaba allí: frascos de aguardiente, hogazas de pan, tocino salado, cajas de candelas: había de todo, en fin, hasta capotones rayados, llamados *limosinas*.





José le vió columpiarse...

El arsenal de las herramientas no estaba menos bien provisto de palancas de hierro, barrotes, azadones, martillos, cables; y se veían allí hasta los cortafrios de que se había servido Clemente para ahondar la roca y fijar en ella las barritas que servían de escalera; operación hecha por él, atado de la cintura y flotando en el aire en medio del abismo. No había tampoco olvidado otras barritas de hierro enteramente preparadas para el caso en que hubiese sido útil ó necesario valerse del mismo medio.

En fin, encima de la sima, una gruesa viga estaba echada como un puente y fijada por las extremidades con sólidos garfios. En diversos puntos de este tablon, capaz de soportar enormes pesos, habían sido fijadas algunas poleas, así como una cabria de pozo, en derredor de la cual estaba ya enrollado un cable.

— ¿Y tú has hecho todo eso? exclamó á su vez José pasmado.

Pero sin responder á su interrogación, Clemente había subido dos ó tres escalones de su peligrosa escalera.

— Espera el cofre, le gritó; voy á bajártelo de allí arriba.

El sol acababa de ocultarse. Algunas aldeanas que volvían de la feria de Laroche oyeron una voz melancólica que parecía salir de debajo del follaje del árbol cortado.

— Es Clemente el que canta, dijeron deteniéndose.

Pero por mucho que escucharan no oyeron ya nada, sino el zumbido del viento en las hojas; y esta vez fué la última que oyeron cantar á Clemente.

## XIV

## UN MAGISTRADO.

Son las cinco de la mañana, poco más ó menos, el alba está rayando en el horizonte; ya sus primeros albores claros y fríos, infiltrándose por entre los entreabiertos pliegues de las cortinas de lustrina oscura, luchan sin desventaja con los resplandores humosos de la lámpara.

Un hombre está sentado ceca de un bufete cargado de papeles y parece sumergido en una profunda y melancólica meditación.

Esta meditación ha sido sin duda larga y muy absorbente, pues ni siquiera ha pensado en alimentar el fuego que incesantemente va extinguiéndose en la vasta chimenea de mármol.

De vez en cuando se levanta y da unas cuantas vueltas á pasos largos; luego, más cebado en el trabajo, vuelve á sentarse febrilmente y hojea de nuevo los legajos.

M. Maury Duquesnel, pues delante de él nos hallamos, tenía en aquella época lo más unos cincuenta años; pero el trabajo y el hábito de reflexionar habían ya surcado su frente con profundas arrugas hacia largo tiempo. Toda su juventud, toda su potencia de vitalidad, que era enorme, parecían habérselo refugiado en sus ojos. Ojos risueños, casi cubiertos por párpados exuberantes, pero que de pronto, cuando menos se esperaba, se abrían extensamente para lanzar uno de esos rayos fulminantes que iluminan de repente la oscuridad de una conciencia.

M. Maury Duquesnel era todavía célibe, y cuando sus amigos le embromaban por ello con dulzura y procuraban convertirle al matrimonio, contentábase con solo menear la cabeza sonriéndose. Como todos los solterones, en quienes la soledad crea casi siempre una manía inocente, este magistrado se creía excéptico; pero nada había de acre en su excepticismo. Había visto el mal muy de cerca, bajo todas sus formas, para no considerarlo como una enfermedad. « ¡Menester es deshacerse de los perros rabiosos! » respondía á los que defendían en su presencia el principio de la pena de muerte; pero presto añadía aludiendo á los del mismo principio: « Sin embargo, ¡es necesario no herirlos con odio! » Con frecuencia decía también: « ¡No somos vengadores, somos guardianes! ¡Defendamos la sociedad contra esos locos llamados criminales, pero no los juzguemos, porque, á nuestra vez, nosotros también seríamos juzgados! »

Por lo demás, este magistrado, digno ciertamente de este bello título, tenía pasión de artista por su ministerio. Familiarizado por el estudio con todas esas yerrugas morales que denominaba flaquezas del alma, reconstruía un crimen con los menores indicios, como Cuvier reconstruía los masto-

dontes con una quijada ó un omoplato. Mas, al revés de sus cólegas, á la par que reconocía el valor primordial de las pruebas físicas, sin las cuales la condenación sería imposible, guiaba más bien su opinión por las pruebas morales. Cuando había estudiado minuciosamente á su acusado, sus instintos, sus pasiones, los apetitos que debían tener más influencia en él, y que estos apetitos, estas pasiones y estos instintos concordaban en todo punto con los hechos de la causa, solamente entonces estaba tranquila su conciencia. A menudo le acaeció no usar sino con moderación de pruebas materialmente terribles, porque le faltaba una de estas pruebas morales, ó porque contradecía completamente á las demás.

Tenía todavía respecto de esto un aforismo que dirigía su línea de conducta en los casos difíciles:

— Cuando una instrucción es completa, que el magistrado ha comparado con sangre fría todos los indicios, que su razón está convencida, y que, sin embargo, le queda una presunción, por débil que sea, en favor del acusado, por terribles que sean las pruebas, casi siempre la presunción tiene razón contra ellas.

Ahora bien, jamás M. Maury Duquesnel había experimentado esta presunción moral tan vivamente como en el asunto de Quisran Rancogne. Obligado por la fuerza de los hechos á inclinarse ante la evidencia, dudaba no obstante todavía, y hé ahí por qué le encontramos, más de seis meses después de la condena de la condesa Elena, hojeando los numerosos documentos de su proceso.

La puerta del gabinete giró sobre sus goznes despacito. Lorenzo, el sirviente del magistrado, entró de puntillas con un gran haz de leña en los brazos, sin mostrar el menor asombro de ver á su amo ya levantado á una hora tan matinal. Estaba de mucho atrás acostumbrado á estas veladas laboriosas que el alba sola interrumpía.

El ruido de los leños que rodaron sobre los morillos hizo levantar la cabeza á M. Maury Duquesnel.

— ¡Ah! eres tú, Lorenzo... ¿No ha venido nadie?...

— No, señor, nadie.

— Tengo una audiencia esta mañana. ¿Conocerás al joven que recibí antes de ayer?

— ¿Uno pequeñito, muy joven y sin barba?

— Eso es; en cuanto venga le harás entrar; no estoy visible sino para él.

— Muy bien, señor.

Al mismo tiempo, dos golpes secos resonaron en la manera de la puerta.

— ¡Debe ser él! exclamó M. Duquesnel levantándose. Que nadie nos distraiga; ya lo oyes, Lorenzo.

Y con voz clara gritó:

— Entrad.

Apenas el lector á quien hemos presentado á José al principio de esta historia hubiese podido reconocerle ahora.

Estos pocos meses, sin quitar nada á la gracia juvenil de su rostro, lo habían transformado en el de un hombre. ¡Cuántas graves ideas habían debido germinar bajo esa frente pensativa, tersa como una placa de marfil! ¡Cuántas